CAPITULO VIII.

De cómo la Madre Teresa de Jesus llegó á Medina y fundó su Monasterio de san José.

Aquella misma tarde llegaron á Olmedo, donde fueron bien recebidos del obispo; mas no quiso la Madre detenerse por no perder la ocasion que pensaba tener. El obispo la dió un coche en que fuese mejor y mas decentemente con sus monjas, y un capellan que las acompañase, y en fin, aquel mismo dia, que era víspera de la Asuncion de Nuestra Señora, llegaron á Medina del Campo á la media noche. El Padre Julian de Avila se habia adelantado un poco, y tenia ya preparados á los Padres Carmelitas del Monasterio de santa Ana, de cómo venia la Madre, y lo que pretendia hacer aquella noche, y apercibieron ornamentos para decir misa y aderezo para el altar. Luego llegó la Madre, y porque hubiese menos ruido, apéanse junto á la portería del mismo Monasterio, y sin dilacion ninguna, se cargan todos de lo que era menester para lo dicho, el Prior y otros dos frailes y los dos clérigos y las monjas. Iba la bendita Madre dándoles priesa con la determinacion y ánimo que suele ir un valeroso capitan con su gente á alguna empresa de gran importancia, que, para no perderse, conviene ser antes acabada que ellos sentidos. Iban por fuera de la villa, y era esto al tiempo que andaban encerrando los toros que se habian de correr al dia siguiente de Nuestra Señora de agosto, y así habia mucha

gente por todas partes, que fué otro trabajo, y fuérales mayor si les topara la justicia, porque todos iban cargados que parecia habian robado alguna iglesia. Los que les topaban, viendo frailes y clérigos y mujeres, decia cada uno lo que se le antojaba con la libertad que la noche dá á semejantes palabras; pero como no era la justicia, dejábanles pasar. Ellos callaban y alargaban el paso, y llegados á la casa, dieron al mayordomo un harto mal rato, porque él dormia y ellos llamaban á gran priesa con la gana que tenian de entrar y no ser sentidos, y con el temor de que no les sucediese alguna desgracia. En fin, se levantó y les abrió, y hizo lo que su ama le mandaba, y ellos con gran contento entraron en un patio, donde vió la Madre las paredes caidas, pero no tanto como ellas estaban, y como parecieron despues de dia. El portal á donde se habia de poner el Santísimo Sacramento, tenia mucha tierra que sacar y estaba á teja vana, y tal, que la Madre juzgaba no convenir hacer en él altar ni poner Sacramento. Las paredes sin embarrar, y no habia con que las cubrir, porque no traian mas que tres reposteros, que para todo el largo del portal era nada. No sabia qué hacer, porque todo faltaba; pero el mayordomo se ofreció á dar de los tapices de su ama y la cama de damasco azul, como ella se lo habia escrito, que fué gran consuelo para la Madre y para todos. Ya que tenian paños, faltábanles los clavos para ponerlos, y no habia donde se comprasen, ni tampoco para ello, que era lo que mas cuidado les ponia. Porque habiendo llegado la Madre á santa Ana á las doce de la noche, y habiéndose andado y hecho lo que está dicho, y siendo entonces las noches tan cortas, bien se vé cuán poco faltaria para el dia. Buscáronlos por aquellas paredes, y los frailes y los clérigos se dieron priesa á entapizar el portal y las monjas á sacar la tierra, y no se los estaba mirando la Madre, antes ella era la primera en semejantes cosas, y ayudaba con gran cuidado y diligencia. Diéronse tan buena maña, que cuando amanecia estaban puestos los tapices y hecho el altar y la campanilla puesta en un corredor. Pero antes que amaneciese, faltaba ir

al Provisor, para que mandase á un notario que diese por testimonio como aquel Monasterio se hacia con autoridad y licencia del Abad, para que despues nadie lo pudiese contradecir ni estorbar. Luego fueron á llamar al notario para que, como lo mandaba el Provisor, se levantase luego y se fuese con ellos. Todo se hizo, y cuando amanecia, comienzan á tañer su campanilla á la primera misa, que puso gran admiracion á la vecindad y á todos los que lo vian, porque hallaban un Monasterio mas de la noche á la mañana. No sabian qué decir, sino espantados se miraban unos á otros, y en muy poco se juntó tanta gente, que no cabian ya en el portal, y fué menester que á la misa y al poner del Santísimo Sacramento, se retirasen las monjas; pero no sabian á dónde, porque lo mas de la casa estaba por el suelo, y el Santísimo Sacramento faltaba poco para estar en la calle. El remedio que tuvieron fué este: enfrente del Santísimo Sacramento habia una escalera que subia á un corredor que solo estaba en pié, y cerraron la puerta de la escalera, y por los resquicios de ella oyeron misa. Esta las servia de coro y de locutorio y de confesonario. Con ponerse el Santísimo Sacramento y decir misa, quedaba ya tomada la posesion, y así quedó fundado el Monasterio del glorioso san José de Medina (que así quiso la Madre que se llamase, como el de Avila), dia de la Sagrada Asuncion de Nuestra Señora, á quince de agosto de mil y quinientos y sesenta y siete años. Por cierto, si como me toca á mí ahora escribir esta historia, me tocara escribiéndola detenerme en las alabanzas de este tan glorioso hecho, y yo lo supiera bien hacer, mucho habia en que mostrar la elocuencia, y gran campo tenia para estenderme, ahora quisiera alabar su gran prudencia, para acabar en un dia lo que grandes hombres no acabaran en muchos, ahora, la firmeza de su fé, que no bastaron tantos estorbos á hacerla desconfiar, ahora tratara de la grandeza de su ánimo, que tan gran cosa emprendió, y la llevó adelante, teniéndola acabada cuando otro no hubiera acabado de pensar si se habia de hacer. Dejo el trabajo del camino sin tomar reposo, caminar hasta la media

noche ayunando y comiendo mal, y luego, sin descansar, caminar á pié y cargada hasta la casa una mujer de cincuenta y tres años y llena de enfermedades, no acordarse de comer ni de dormir, sino toda embebida en buscar la gloria de Dios y en acabar lo que habia comenzado para ella, no se embarazar con tantas cosas que habia que hacer, no se le poner delante temor alguno, y en fin, de una casa particular y caida hacer en tres horas ó menos un Monasterio en una villa tan grande y de tanta gente, sin saber nada la misma villa hasta verle hecho. Habiendo vencido Julio César á Farnaces, rey de Ponto, cinco dias despues que llegó á su tierra, y en una sola batalla que duró cuatro horas, sacó en su triunfo esta letra: Vine, ví, vencí. Cuánto mejor la pudiera sacar la Madre Teresa de Jesus, pues no á cabo de cinco dias, sino á cabo de dos que salió de su Monasterio, antes de ver á Medina, porque lo estorbaba la noche, con su poca gente, no en cuatro horas, sino en tres, hizo una tan grande y gloriosa hazaña y alcanzó tal victoria. Con qué ojos tan amorosos estaria Jesucristo Nuestro Señor mirándolo desde el cielo, y cómo diria: Hallado he una mujer conforme á mi corazon, que hará toda mi voluntad. Yo desde acá, cuando me acuerdo de aquella pregunta de Salomon: Mujer fuerte ¿quién la hallará? Me parece que tengo muy buena respuesta, que Cristo Nuestro Señor se la buscó y se la halló en esta Santa; y así con razon se puede decir lo que se sigue luego: Su valor es como de una cosa traida de lejos y del cabo del mundo.

CAPITULO IX.

De la grave tentacion que la vino despues de lo dicho, y de cómo se pasaron á otra casa, y pagaron y acomodaron aquella en que antes estaban.

Lo mismo aconteció á la Madre Teresa de Jesus en la fundacion de este Monasterio, que la habia acontecido antes en la de Avila, porque estando ella muy contenta de que hubiese una iglesia mas donde estuviese el Santísimo Sacramento, y de ver hecho sin contradiccion lo que deseaba, dió el Señor licencia al tentador para que aquella alma santa fuese por todas partes probada y ejercitada, y él retiróse un poquito mirando la batalla, que comenzó por aquí. Despues de haber oido la misa, fuese la Madre á mirar el patio desde una ventana, y vió las paredes por algunas partes todas en el suelo, y tales, que eran menester hartos dias para remediarlas. Despues vió como el Santísimo Sacramento estaba casi en la calle, y afligióse mucho, porque por ser los tiempos tan peligrosos de Luteranos, temió no hubiese algunos hereges secretos de los estranjeros, que le hurtasen de allí y le hiciesen algun desacato. Aquí entró el tentador, y pónela juntas delante de los ojos todas las dificultades, que pudieran poner los que mas habian murmurado de aquella su venida, y encaréceselas, como lo sabe y suele hacer, haciendo de una hormiga un elefante, escurécela el alma, quita de su memoria las mercedes que del Señor habia recebido, pónela delante solamente su bajeza y poco poder, y hácela entender

que aun es menos, y pónela de arte que casi la parecia imposible ir adelante. Miraba las compañeras que traia de la Encarnacion, con cuánta contradiccion habian salido, particularmente las dos, cuán mal pareceria tornarlas á enviar, y que errado este principio, no se podia pasar adelante en las fundaciones, y que si esto era verdad, habia sido ilusion y engaño lo que la parecia haber entendido del Señor; y si este era engaño, que toda su vida habia andado engañada, y veníala desto un gran miedo con otro tanto gran dolor, y no era solo el miedo de haber sido hasta entonces engañada, sino que podia tambien serlo en lo que la quedaba de la vida. Maravilla no pequeña parece verse en tantas dudas y temores una alma tan favorecida de Dios, y que tan claros testimonios tenia para tener por cierto que no tenia que temer. ¡Qué novedad tan grande ver tales tinieblas á donde solia siempre hacer un sol tan claro, temer la que poco antes estaba tan segura, y desmayar la que tenia tanta y tan bien fundada confianza! Pero quien tuviere algun conocimiento de las crecientes y menguantes que suele haber en los corazones de los santos, y mirare la gran Providencia de Dios, que quiere que las haya para que conozcan ellos mas claramente lo que son con Dios, y lo que son en sí, y reconozcan mas la grandeza del que les dá las fuerzas, y la pequeñez suya, y con este conocimiento se dispongan para otras mayores mercedes y favores que les quiere hacer, dejarse ha de maravillar. ¿Quién dijera que era el mismo el que decia: Cierto estoy que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los espíritus que se llaman Principados, ni los que se llaman Virtudes, ni las cosas presentes, ni las que están por venir, ni lo alto, ni lo bajo, ni otra criatura, nos podrá apartar del amor de Dios que le tenemos por Jesucristo Nuestro Señor; y el que en otra parte escrebia: No quiero, hermanos, que dejeis de saber la tribulacion nuestra que pasamos en Asia, porque sobremanera fuimos afligidos y sobre la fuerza que teníamos, de suerte que nos cansaba ya la vida misma, y tuvimos entendido que habíamos de morir, para que no tengamos la confianza en nosotros, sino en Dios,

que resucita los muertos. Por cierto, el mismo Apóstol san Pablo era el que decia lo uno y lo otro; pero en lo primero era Pablo con Dios, en lo segundo Pablo casi solo. Estas cosas pasaban en el corazon de la Madre, pero disimulábalas mucho por no desconsolar á sus compañeras mas de lo que ellas estaban. Pasó con este trabajo hasta la tarde, que la envió el Padre Baltasar Alvarez un Padre que la visitase, el cual tambien la consoló y animó mucho. Trató con él que la buscasen una casa donde pudiesen estar, porque estaban como en la calle, y que en el precio no se reparase. Buscábase la casa con cuidado; pero como Medina entonces estaba en su prosperidad y habia tanta gente de negocios, por ningun dinero se podia hallar. Entretanto, la Madre pasaba los dias con harta pena, y las noches con mas, porque era menester poner cada noche hombres que velasen el Santísimo Sacramento, como el Jueves de la Cena; pero no podia ella por eso acabar consigo de descuidar, temia no se durmiesen, y levantábase de noche á mirarlo por una ventana, y habia luna muy clara, y así lo podia ver. Así pasaron ocho dias, hasta que un mercader, llamado Blas de Medina, que tenia una muy buena casa hácia la Iglesia mayor, la repartió en dos moradas, y en la una se recogió él y su gente, y la otra, que era lo de arriba, dejó á las monjas, y juntamente una sala muy grande y dorada que sirviese de iglesia, entretanto que se aderezaba la casa que se habia comprado. Con esto comenzó la Madre á sosegarse, porque en aquella casa donde se habian pasado, estaban con mas encerramiento, y comenzaron á decir sus horas. En la misma calle de Santiago, donde tenian la casa que se habia de aderezar, vivia una señora viuda muy principal y muy sierva de Dios y de mucha caridad, que se llamaba doña Elena de Quiroga, que como entendió el servicio que hacia á Dios, se fué á la Madre, y dijo, que la ayudaria para que luego se hiciese una capilla en que estuviese el Santísimo Sacramento, y para que pudiesen estar en su casa con encerramiento. Con esto comenzó á andar la obra, y el Padre Prior Fray Antonio de Heredia, con mucha diligencia y

caridad, iba y venia y daba priesa en ella, y en dos meses se puso de manera la casa, que se pudieron pasar á ella. Otras personas las daban tambien harta limosna para sustentarse; pero doña Elena fué la que mas las socorria. No perdió ella nada en ayudar á estas siervas de Dios, porque por ahí la vino el Señor á dar tan buen pago, que primero llevó á la misma religion á una hija suya, que se llama Gerónima de la Encarnacion, á donde la ha hecho y hace muchas mercedes, y despues á la misma doña Elena, desocupándola de los cuidados de hijos y hacienda, trujo á la misma casa donde habia traido á su hija para gran bien suyo y mucha edificacion de los que la conocíamos y tratábamos; y cuando esto escribo, es Priora del Monasterio de Toledo, á donde la mudaron con su hija, y llamóse despues de monja Elena de Jesus. Cuando se pasaron á la casa, ya estaba de manera que pudieron pasar en ella algunos años razonablemente. Y no solamente ayudó Dios á estos principios, sino tambien las dió dinero con que pagasen la casa misma, y despues se ha mejorado mucho y se han gastado en ella algunos millares de ducados. La Madre iba haciendo todo lo que era menester, aunque no tuviese con qué, y cada cosa que se hacia, tenia Dios luego aparejadas personas que lo pagasen, para que se viese bien ser aquella obra de Dios, y cuán confiados deben andar los que de veras tratan de la gloria y servicio de Dios y de su Santísima Madre. Ibanse recibiendo monjas que traia Nuestro Señor, cuales eran menester para aquellos principios, y hacíalas tanta merced, que la Madre se espantaba de lo que en ellas via. Ayudábalas mucho para esto el buen ejemplo de las primeras, y así unas y otras vivian de la manera que las de Avila, y tenian en el pueblo gran crédito. Tampoco faltaron aquí otros trabajos á la Madre, porque ella y sus compañeras que habia traido de san José, estuvieron algunos dias bien malas. Desde que ando en la historia de esta fundacion, traigo en la memoria una cosa que leí, escrita de mano de la Madre, que por lo dicho se vé cuán bien dicha está. Acabando ella de comulgar un dia en su Monasterio de Mala-

gen, vió á Nuestro Señor Jesucristo, y entre otras cosas, la mandó que escribiese las fundaciones de sus Monasterios. Ella estaba pensando, cómo en esta de Medina nunca la habia dicho nada el Señor como en otras, y respondióla él: ¿Qué mas quieres, que ver que esa fundacion de Medina fué milagrosa?

CAPITULO X.

De cómo pasó adelante en la fundacion de los Descalzos Carmelitas, y cómo la ofrecieron lugar para fundar Monasterio en Valladolid, y fué á Alcalá al Monasterio de las Descalzas.

Mientras Dios andaba haciendo los negocios de la Madre Teresa de Jesus, no se descuidaba ella de hacer los de Dios, aunque ni los primeros tenia ella por suyos, ni trabajara en ellos lo que trabajó, si no fuera por tenerlos por de Dios. Acabado lo dificultoso de la fundacion de san José de Medina, como no se ofrecian dificultades ni cosas grandes en que se empeñara la gloria de Dios, no descansaba su generoso corazon, ni se hacia á estar sin emplearse en alguna grande empresa. Parecióla, pues, que se serviria mucho la Magestad de Dios en que hubiese frailes Descalzos que tuviesen la misma manera de vivir que las monjas, y no hallando (como habemos dicho) de quién echar mano, determina de tratar con el Padre Fray Antonio de Heredia en mucho secreto lo que pretendia, á ver qué consejo la daba. El en oyéndolo se alegró mucho, y inspirado de Dios, dijo: Que le parecia muy bien, y que él seria el primero. No hizo caso de aquello la Madre, porque aunque sabia que habia sido buen fraile siempre, y recogido, y estudioso, y amigo de la celda, parecióla que era delicado, y no hecho á tanta penitencia, y que no podria llevar adelante el rigor y aspereza que era menester y ella queria que hubiese., y como lo sentia, así se lo dijo. Respondió él que habia muchos dias que el Señor

le llamaba á vida mas estrecha, y así habia estado determinado hasta entonces de pasarse á la Cartuja. Holgábase la Santa de oirle estas razones, pero no se satisfacia del todo, y no quiso que se hiciese nada hasta tenerle primero en probacion, porque via importaba mucho que el fundamento del edificio fuese firme y seguro. Rogóle que se dejase el negocio por algun tiempo, y que él entretanto se ejercitase en hacer las cosas que habia de prometer y guardar. Este fué como noviciado de este siervo de Dios, y la probacion fué muy legítima y cumplida, porque duró un año, y entretanto que él se probaba á sí, le probaba Nuestro Señor mejor como á principio de la grande obra que en él habia de comenzar, porque permitió que le levantasen tantos testimonios, y tuvo tantos trabajos y persecuciones con ellos, y salió tan bien de todos, y tan aprovechado, que no se podia desear mejor noviciado para la profesion que se esperaba, con que la Madre estaba muy contenta. En este tiempo trajo el Señor allí otro Padre de la misma órden, llamado Fray Juan de la Cruz, mancebo que estudiaba entonces en Salamanca. De este dió su compañero á la Madre muy buenas nuevas de su vida y religion, ella le habló para ver si era cosa que la cumplia, y parecióla muy bien, y holgárase de tenerle para el Monasterio que queria hacer. Y como Dios queria lo mismo, ofrecióse buena ocasion para la plática, porque poco á poco él vino á decir que trataba de ser Cartujo. Luego entró la Madre diciéndole lo que ella pretendia, y que le rogaba se detuviese hasta que ella tuviese Monasterio, que aquello le estaba mejor, y que si queria mejorar, era mas servicio de Dios y mas acertado fuese en la misma religion para que Dios le habia llamado, que en otra. El prometió de hacerlo así, como no hubiese en el negocio mucha dilacion. Con esto quedó la Madre muy alegre por haber hallado dos piedras vivas para cimiento de la casa que queria edificar á su Esposo, á quien tan ardientemente amaba, aunque no estaba de Fray Antonio tan del todo satisfecha, y por eso se holgaba que se fuese algo dilatando, y tambien por no tener á donde se pudiesen meter. Aconteció tambien que cuatro ó cinco meses antes que saliese á la fundacion de Malagon, de quien diremos presto, vino á ella un caballero principal, mancebo, á quien Dios traia sin saber él el bien grande que de allí le habia de venir. Y díjola que si queria hacer en Valladolid Monasterio, él daria para ello una casa que tenia con una huerta muy buena y grande, que tenia dentro una gran viña. Ofreció esto de muy buena gana, aunque era de harto valor, y queria que se tomase luego la posesion, y íbale harto á él en aquella priesa, aunque por entonces no lo entendia. Este caballero era don Bernardino de Mendoza, hijo del conde de Rivadavia, y hermano del obispo de Avila, don Alvaro de Mendoza, y de doña María de Mendoza, que estando en Avila con su hermano, habia tratado mucho en san José, y aprovechádose con los buenos consejos que allí se le daban. Tenia mucha devocion á la Madre y á sus monjas, y con ella las dió allí para dos ternos y una capa y un frontal. De allí le vino este deseo de dar aquella casa de Rio de Olmos (que así se llamaba) y habia sido casa de recreacion del comendador mayor Cobos. Esto se habia tratado en Avila antes de la fundacion de Medina, y cuando para ello pasó la Madre por Olmedo, la daban priesa don Bernardino y el conde de Rivadavia, para que fundase primero en Valladolid. Despues de la fundacion de Medina, hubo de ir á Ubeda doña María de Mendoza, y con ella don Bernardino su hermano, y rogó mucho doña María á la Madre se fuese con ellos hasta Alcalá, donde ella tambien habia de ir á lo que despues diré, y en el camino hizo don Bernardino la donacion con escritura firme, y la madre se quedó en Alcalá. La Madre Teresa de Jesus bien vió que el lugar no era á propósito para Monasterio, por estar casi un cuarto de legua de la villa; pero por ser su devocion tan grande, y darlo tan de buena gana, y por ver tambien que tomada allí una vez la posesion del Monasterio, se podrian fácilmente pasar á la villa, aceptó aquella hacienda, con determinacion de ir allá, y fundar en aquella villa tan principal, y á donde tan bien estaria un Monasterio, aunque no se pudo hacer eso tan de presto, como

poco despues veremos. La ocasion de esta ida á Alcalá, fué la instancia grande que hizo doña Leonor Mascareñas, señora muy principal y muy devota, para que fuese á instruir á las monjas Descalzas de Alcalá en las cosas de su órden, y reformar lo que fuese menester; y eso mismo pedia tambien mucho la misma Madre María de Jesus, que fué la beata á quien Nuestra Señora mandó hiciese aquel Monasterio, como dijimos en el primer libro. Estuvo con ellas como dos meses ó algo mas, y despues de haber hecho esto, y ordenado algunas cosas, se partió de allí á Toledo, y despues á Malagon, como se dirá en el capítulo siguiente.

CAPITULO XI.

De cómo la Madre Teresa de Jesus fundó en la villa de Malagon el tercero Monasterio de Descalzas, que se llamó san José.

Quien quisiere hacer bien sus negocios, encárguelos á Dios nuestro Señor, y cárguese él de los de Dios, que su Magestad tomará la mano y hará mucho mas de lo que él osara esperar. Así acontecia á la Madre, que andando ella tan embebida en buscar la mayor gloria de Dios, él la traia á las manos las fundaciones de los Monasterios. Poco habia que la habian ofrecido lo de Valladolid, cuando la vinieron á rogar que fuese á la villa de Malagon á fundar otro Monasterio, ofreciéndola lo que para la fundacion fuese necesario. Quien pidió y ofreció esto, fué doña Luisa de la Cerda, hermana del duque de Medinaceli, en cuya casa en Toledo ella estuvo hartos dias, como ya dijimos en el libro primero en el capítulo 15. Porque oyendo esta tan principal y cristiana señora que tenia la Madre licencia para fundar Monasterios, como la conocia y tenia tanto amor, comenzóla á importunar mucho, para que fundase uno en su villa de Malagon. La Madre, aunque deseaba dar contento á esta señora, en ninguna manera queria admitir esta fundacion, porque via que siendo el lugar tan pequeño, era cosa forzosa haber de tener renta el Monasterio para poderse mantener, cosa que ella en gran manera aborrecia. Trató el negocio con letrados, como